DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON LEONARDO TORRES Y QUEVEDO

EL DÍA 31 DE OCTUBRE DE 1920



MADRID
TIP. DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS"
1920

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON LEONARDO TORRES Y QUEVEDO

EL DÍA 31 DE OCTUBRE DE 1920



MADRID
TIP. DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS"
1920

DISCURSO

DE

DON LEONARDO TORRES Y QUEVEDO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Honra grandísima y singularmente estimada ha sido siempre el entrar en esta insigne Academia. Todos vosotros, que la acogisteis, de seguro, con gratitud profunda, aunque al recibirla teníais la conciencia de haberla conquistado por vuestros propios méritos, apreciaréis mi situación de ánimo al llegar hoy aquí, sin mérito ninguno, traído exclusivamente por vuestra inexplicable benevolencia.

Estoy abrumado al considerar que se me hace imposible cumplir dignamente —siquiera esta tarde— los deberes que vuestra elección me impone.

Natural es que no intente pintaros mis sentimientos, porque ellos son de suyo inefables, y no es preciso explicarlos, para que vosotros los comprendáis y yo los recuerde toda mi vida.

Pero tampoco me atreveré a presentaros un estudio de la obra gloriosa de Galdós.

Sería falta de respeto a su memoria y a vuestra presencia; sería ridícula temeridad en mí analizarla y emitir juicio acerca de ella, en este recinto, donde ha sido ya explicada y comentada por sus iguales: aquí le recibió Menéndez Pelayo, leyendo un estudio crítico, del cual, con decir que era suyo, he dicho bastante, sin adjetivos ni frases encomiásticas, y aquí le despidió con una sentida oración fúnebre don Antonio Maura, cuyo verbo elocuentísimo, aún halló manera de presentar nuevos aspectos de su obra.

No temáis que pretenda yo desarrollar una exposición crítica de ella, como si pensara que al hacerme académico me habéis comunicado por arte de magia la autoridad y las dotes necesarias para tan difícil empresa.

Soy profano en achaques literarios y a lo profano he de hablar de ellos, lo más brevemente que la cortesía permita y limitán-

dome a dar testimonio de la admiración apasionada que durante cerca de medio siglo he profesado al Maestro.

Nació mi afición a él con la lectura de la primera novela suya que cayó en mis manos: *Juan Martín "el Empecinado"*.

Sentí al leerla —con más intensidad quizá que nunca— esa impresión artística que se apodera del lector y le coloca fuera de la realidad. Había momentos en que positivamente no vivía yo en el mundo real, perdía la noción de su existencia y vivía en el ambiente de aquellos guerrilleros que, a través de su rudeza y crueldad, mostraban el instintivo amor a la madre España y la incontrastable decisión de mantener su independencia, que asombraron al mundo y nos libertaron de la servidumbre extranjera.

Me encantaba el valor tranquilo y bonachón del honrado Sardina; me indignaban la falsía y rapacidad del Manco; todos los actores del drama me inspiraban los más encontrados afectos. Pero entre todos descollaba, con vida exuberante, el salvaje y descomunal mosén Antón Trijueque, genial y heroico, envidioso, soberbio y al fin traidor.

Aún recuerdo emocionado aquella noche trágica en que logró sorprender a su antiguo jefe. Desde que el Empecinado presintió que, oculto por las sombras, bajaba de los altos cerros cubiertos de nieve, donde se había enriscado para lanzarse sobre él, como un cernícalo sobre su presa, seguí, anhelante de angustia, todas las peripecias de la lucha, hasta verla terminar tristemente, cuando Juan Martín se arroja con heroísmo temerario al despeñadero, por no caer en manos de su feroz agresor.

Leí a continuación de ese libro todos los que llevaba publicados Galdós, y, a partir de aquel momento, he seguido siempre con interés invariable su copiosa producción, fascinado por la potencia creadora que resplandeció en toda ella. Otros han sabido y sabrán explicarla y aquilatar su valor literario; yo sólo alcanzo a gozar la emoción estética que me produce. Soy uno de los innumerables lectores a quienes hizo sentir y pensar, y tengo especial satisfacción en rendirle, aunque torpemente, mi sincero y entusiasta homenaje.

***

Las mismas dificultades que he encontrado hasta ahora para ajustarme a las prácticas establecidas se me presentan, más imponentes, en el momento en que debería indicar el tema de mi discurso. Cosa

bien natural, pues todas ellas se reducen, en definitiva, a una sola, que necesito —aunque me duele y casi me sonroja— confesar con absoluta sinceridad: os habéis equivocado al elegirme; no poseo aquel mínimo de cultura exigible a un académico. Yo seré siempre un extraño en vuestra sociedad sabia y erudita; llego de tierras muy remotas; no he cultivado la Literatura, ni el Arte, ni la Filosofía, ni aun la Ciencia, por lo menos en sus regiones más elevadas. Los sabios que las frecuentan, empeñados en escudriñar las leyes del Universo y descubrir los secretos de la Creación, tropiezan con graves problemas, que trascienden al terreno filosófico, y pueden interesaros, porque estáis familiarizados también con ellos, aunque los miréis desde un punto de vista distinto.

Mi obra es mucho más modesta. Paso la vida ocupado en resolver problemas de mecánica práctica. Mi laboratorio es un taller de cerrajería, más completo, mejor montado que los conocidos habitualmente con ese nombre; pero destinado, como todos, a proyectar y construír mecanismos.

No pretendo empalagaros con alardes de falsa modestia, denigrando la obra de toda mi vida, ni vosotros me creeríais sincero si fingiera despreciarla; pero comprenderéis la imposibilidad de hallar en esos trabajos técnicos, cuyo único fin es ensanchar los dominios de la Mecánica, sometiendo a su jurisdicción nuevos problemas de mayor o menor importancia, el tema que necesito.

Y, por otra parte, me asusta la idea de componer un discurso de corte propiamente académico, sin preparación anterior ninguna, acudiendo al cómodo y falaz auxilio de las enciclopedias. Sólo conseguiría, de seguro, dar a luz algún engendro, erudito en la apariencia, vacío en el fondo y anquilosado en la forma. No me resuelvo a imponeros la fatiga de escucharle, ni a pasar por la humillación de leerle y he creído más acertado y razonable prescindir, con vuestra venia, de escribirle.

Ya me parece ver reflejarse en vuestros semblantes el asombro producido por declaración tan extemporánea, y más aún por la audacia de confesar mi inutilidad para un cargo, después de haberle aceptado. Pero quizá —benévolos como siempre— concederéis a mi proceder alguna disculpa, porque si no os traigo un discurso que manifieste mi capacidad para tomar parte en vuestras tareas, os traigo lo único que yo puedo traeros: un proyecto.

El proyecto de un organismo que, si merece vuestra aprobación y logramos constituírle tal como yo le imagino, os prestará, para

averiguar, elegir y definir las voces técnicas —ocupaciones que sin duda me tenéis preparadas—, una colaboración de utilidad incomparablemente superior a la que de mí pudierais esperar por mucho favor que me hicierais.

El proyecto de Unión Internacional Hispanoamericana de Bibliografía y Tecnología científicas, patrocinado con entusiasmo por el Congreso Científico Internacional de Buenos Aires, cuyo principal fin ha de ser "depurar, perfeccionar, unificar y enriquecer" nuestro lenguaje técnico y de cuyo nacimiento y escasa fortuna voy a daros sucinta y puntual noticia.

*
* *

En mayo de 1910 tuve la honra de ir a la capital de la República Argentina, formando parte de la Misión que acompañaba a su alteza real la infanta doña Isabel, y llevando, además, la representación de España en el Congreso que allí había de celebrarse en julio del mismo año.

No dejaba de preocuparme esa representación. Deseaba que la acción de España no pasara inadvertida en el Congreso y ni tenía trabajo preparado, ni creía fácil dar con un asunto interesante para la generalidad de los hispanoamericanos. Al fin, durante la travesía, descubrí un Mediterráneo. Me acordé de nuestra lengua común, en cuya conservación y perfeccionamiento tenemos todos capital interés, y —como se trataba de una reunión de hombres de ciencia— decidí proponer que hiciéramos algo en favor de la Tecnología castellana, si hallaba terreno abonado para ello.

La duda duró poco.

Recibieron a la Infanta en Buenos Aires con un entusiasmo indescriptible, que no se entibió un solo instante durante su permanencia en aquella Metrópoli, y nos recibieron a los españoles de la Misión con repetidas demostraciones de simpatía nunca bastante agradecidas, sobre todo porque pusieron en sus agasajos, no la cortesía ceremoniosa que se ofrece al extraño, sino aquel afecto franco y cordial que se reserva a los parientes y amigos. Llegaron en esto a tal punto, que a los pocos días de nuestro desembarco asistía yo a una junta de la Comisión organizadora del Congreso y allí encontré la esperada ocasión de anunciar mis propósitos, que todos los circunstantes aceptaron de muy buen grado. Uno de ellos, el ingeniero don

Santiago E. Barabino, después de manifestar que había pensado anteriormente en el asunto y aun había publicado algo acerca de él, me ofreció su colaboración, que acepté agradecido, y pusimos manos a la obra.

*
* *

Comprendimos que una de las principales tareas encomendadas a nuestra futura sociedad internacional había de ser la publicación de un Diccionario castellano tecnológico, empresa que ofrece no pocas dificultades. Mientras se trate de neologismos científicos, se resuelven siguiendo las reglas establecidas para formarlos con raíces griegas o latinas que den idea de su significado. Es este proceder utilísimo; constituye un principio de lenguaje científico universal y su aplicación no ofrece inconveniente en la práctica, porque la necesidad de esas voces se hace sentir en el laboratorio del investigador, o en el gabinete del filósofo, y quien las necesita, si no puede formarlas por sí mismo, encuentra fácilmente alguien que se encargue de darle hecho ese trabajo.

Pero estas palabras artificiales, duras y angulosas, sin agilidad ninguna y sin fisonomía propia, quedan en la lengua como cuerpos extraños, que el vulgo rechaza o estropea con frecuencia, porque presentan casi siempre un aspecto antipático y a veces —cuando los cultivadores de raíces griegas reúnen cuatro o cinco de ellas en apretado haz— resultan espeluznantes. Nunca se familiarizarán los obreros con vocablos parecidos a estos de *quinoleinohidroquinona, otorinolaringológico* y otros del mismo calibre que oímos pronunciar a diario.

Además, los neologismos propiamente técnicos no aparecen de la misma manera, no son creaciones arbitrarias que responden a una necesidad claramente percibida. Los hombres dedicados a la técnica no saben, por lo común, de raíces griegas, ni pueden esperar a que otros les den ya formadas las palabras que necesitan para entenderse; sus neologismos nacen en el campo, en el taller, en la fábrica, en el arsenal, en todas partes donde hay obreros; también son debidos con frecuencia a extranjeros, que los aportan al aportar nuevas artes o nuevos procedimientos; son vulgarismos o barbarismos, que se extienden y se imponen a veces muy rápidamente.

No es posible, ni sería razonable tampoco, pensar en suprimirlos; pero conviene elegir y, si se puede, imponer los más aceptables,

con propósito decidido —al cual deben subordinarse todas las otras consideraciones, por importantes que sean— de conservar la unidad de la lengua.

Para obtener noticias bastante completas de todos ellos será preciso que trabajen, en íntima colaboración, todos los países de lengua castellana, y a eso obedece la organización prevista en nuestro proyecto, según la cual han de nombrarse varias juntas: una, nacional, en cada uno de los países asociados, "encargada de realizar los trabajos de Tecnología y Bibliografía científicas de su propio país", y otra, internacional, con residencia en Madrid, "encargada de reunir y clasificar los materiales preparados por aquéllas".

Permitidme un brevísimo paréntesis, para señalar a vuestro agradecimiento que la designación de capitalidad fué propuesta espontáneamente por algunos delegados americanos y aceptada por todos sus colegas, sin oposición ni reserva ninguna, en prueba de respetuosa y cordial deferencia a esta España, que muchos de ellos y de sus compatriotas llaman todavía la Madre Patria.



Según el proyecto indica, se han de tener en cuenta, al aceptar neologismos, las necesidades de nuestra Gramática, y creo conveniente insistir algo en este punto, que pone de relieve las útiles relaciones que de seguro se establecerían entre la Academia y la Unión tecnológica.

No bastará, a nuestro juicio —y eso queríamos significar al hablar de las exigencias de nuestra Gramática—, elegir los neologismos más convenientes.

Será preciso con frecuencia, sobre todo cuando se trate de extranjerismos, acomodarlos a nuestro idioma y hacerlos manejables, conservando las sílabas raíces, que constituyen su esencia íntima, para que sigan siendo siempre los mismos, y variando únicamente en su conformación aquellos detalles que impidan escribirlos con nuestro alfabeto, pronunciarlos fácilmente y oírlos sin molestia.

Para dar cumplimiento a ese trabajo filológico, la Junta Internacional de Madrid aceptaría y aun solicitaría seguramente vuestra colaboración, y vosotros, al prestarla, hallaríais un venero de datos completos y fidedignos para la redacción del Diccionario de la Lengua.

También podrían interesaros algunos otros fines que ha de perse-

guir este nuevo organismo, el cual se constituirá, según la base primera del proyecto, "al efecto de reunir, catalogar y fomentar las publicaciones científicas en lengua castellana y de cuidar, mantener y perfeccionar el tecnicismo de las ciencias"; pero —temeroso de cansaros— no he de comentarlos, y me limitaré a publicar con estas noticias, a modo de apéndice, el acta de una reunión donde se copia el proyecto íntegro y se hacen constar además ciertos datos concretos relativos a su nacimiento, de los cuales daré lectura a continuación.

Comienza el acta, firmada por el ingeniero señor Besio Moreno, secretario general del Congreso, con estas palabras:

Por iniciativa de los señores don Leonardo Torres y Quevedo, delegado oficial de España al Congreso Científico Internacional Americano; presidente del Congreso, don Luis A. Huergo, y presidente de la Comisión de propaganda del mismo, don Santiago E. Barabino, tuvo lugar en la Sociedad Científica Argentina, el 15 de julio, una reunión, a la que fueron invitados los señores delegados de las Repúblicas Hispanoamericanas y la Comisión directiva del Congreso.

Los señores Torres y Quevedo y Barabino expusieron el objeto de la reunión en la forma que transcribimos.

Transcribe a continuación el proyecto; y luego dice:

A la reunión antedicha acudieron los representantes de España y países hispanoamericanos concurrentes al Congreso científico, quienes, después de aprobar el plan de constitución formulado, resolvieron propiciarlo ante sus respectivos Gobiernos y que fuera sometido a la consideración de la Sección ingeniería del Congreso, para que se sirviera elevarla a la sesión plenaria de clausura, como un voto del Congreso Científico Internacional Americano.

La Sección ingeniería, en sesión del 16 de julio, aceptó por aclamación las bases que se le sometían y dispuso que fueran sostenidas en la sesión plenaria de clausura del Congreso.

La importancia de la cuestión y su carácter internacional para los países del habla castellana imponen la publicación de estos antecedentes a fin de que los señores congresistas puedan llevar un juicio formado, sobre la interesante cuestión, a la sesión plenaria de clausura del Congreso, que se realizará el lunes 25 de julio.

Fué aprobado también sin oposición ninguna nuestro plan en el Congreso, y como, según sus bases, parecía natural que las gestiones para constituír el nuevo organismo se iniciaran en España, en cuya capital debía residir la Junta Internacional, la presidencia del Con-

greso dió cuenta del asunto a nuestro Ministro en Buenos Aires, el cual, sin pérdida de tiempo, lo comunicó con gran interés al Ministro de Estado.

*
* *

Volvía yo del Congreso poco después, haciendo calendarios sobre el porvenir de de la Unión Tecnológica, satisfecho de nuestra iniciativa y experimentando —aunque os parezca excesiva ingenuidad— un adarme de emoción patriótica.

Pensaba y pienso —de acuerdo con el común sentir— que el futuro de España dependerá muy principalmente de sus relaciones con las Repúblicas hispanoamericanas, y yo traía de América la semilla de una asociación internacional, en la cual colaborarían todos los hombres de ciencia que hablan castellano.

Pensaba que frente al verdadero despojo intentado por los que pretenden borrar hasta el recuerdo de nuestra historia, dando el nombre de América latina a aquellos inmensos territorios que nosotros descubrimos, colonizamos y civilizamos, no basta protestar, es necesario unirnos con nuestros hermanos del nuevo continente, para defender, entre todos, el porvenir de la Raza, conservando la unidad de nuestra lengua y nuestra cultura.

Y daba por seguro que el Gobierno aceptaría agradecido, para nuestro país, la presidencia de la Unión Tecnológica y daría principio sin dilación a las gestiones que su organización reclama.

No había contado, al pensar así, con las dificultades administrativas. La constitución de las Juntas exigiría algunos gastos de muy escasa monta; mas para la Administración no hay gasto pequeño. La rígida escrupulosidad de nuestros ministros y el especial empeño que ponen en ajustarse a la más estricta economía, les obligaron a estudiar detenidamente nuestro proyecto antes de comprometer gestión ninguna en asunto tan delicado.

El señor Ministro de Estado envió el expediente al de Instrucción pública; el de Instrucción pública, al Negociado correspondiente; el Negociado correspondiente, a un Centro consultivo, y el Centro consultivo le archivó cuidadosamente, o acaso está aún discutiendo el informe que le pidieron hace diez años. Lo cierto es que no he tenido noticia de ninguna resolución ministerial.

Cábeme quizá la mayor parte de la culpa en el fracaso, porque como no me sobra tiempo, ni afición a pasearme por las oficinas de

los Ministerios, ni tampoco, desgraciadamente, aptitud para organizar campañas que apasionen al público, me limité a recomendar el proyecto a algunas personas que por su posición en la política o en la Prensa podían, a mi juicio, favorecerle. Y aun en esto anduve tan torpe, que nunca me ocurrió acudir a vosotros en demanda de auxilio.

Sólo cuando un buen amigo mío —a quien dentro de una hora llamaré compañero— me sorprendió con la grata e inesperada noticia de que estabais dispuestos a franquearme las puertas de esta casa, acudió a mi imaginación esa idea, y gracias a ella, o más bien por culpa de ella, en vez de rehusar tan inmerecida distinción, la acepté sin vacilar, con el propósito, ya cumplido, de aprovechar la primera y más solemne ocasión en que os dirigiera la palabra para defender mi pleito ante vosotros, cuyo fallo será, necesariamente definitivo.

¿Es digna de vuestro apoyo esta Unión Tecnológica, que establecería nuevos vínculos científicos entre España y sus hijas las Repúblicas americanas?

¿Podría colaborar útilmente con vosotros la Junta Internacional?

¿Aprobaréis, en suma, nuestro proyecto de Buenos Aires y le prohijaréis con ahinco hasta verlo realizado?

Si logran mis palabras induciros a ello, yo las recordaré siempre con orgullo, persuadido de que os dieron ocasión para prestar un señalado servicio a nuestra Patria y a nuestra Raza.

APÉNDICE

UNION INTERNACIONAL HISPANOAMERICANA DE BIBLIOGRAFIA Y TECNOLOGIA CIENTIFICAS

Por iniciativa de los señores Leonardo Torres y Quevedo, delegado oficial de España al Congreso Científico Internacional Americano; el presidente del Congreso, don Luis A. Huergo y el presidente de la Comisión de propaganda del mismo, don Santiago E. Barabino, tuvo lugar en la Sociedad Científica Argentina el 15 de julio una reunión a la que fueron invitados los señores delegados de las Repúblicas Hispanoamericanas y la Comisión directiva del Congreso.

Los señores Torres y Quevedo y Barabino expusieron el objeto de la reunión en la forma que transcribimos:

"Señores: No es esta una sesión del Congreso Científico Internacional; no es una asamblea de carácter oficial. Nos reunimos todos los delegados que hemos venido al Congreso en representación de España y de las Repúblicas Hispanoamericanas, sin encargo de nuestros Gobiernos, sin representarlos en esta ocasión, movidos por el deseo de trabajar juntos en beneficio de la lengua castellana, y creemos innecesario justificar la bondad y la oportunidad de tal propósito.

No hemos de insistir en el argumento capital, porque está en la mente de todos.

El idioma es el vínculo que nos une; por el idioma somos y seguiremos siendo hermanos a través de las vicisitudes de la historia; porque hablamos una misma lengua ha de ser necesariamente más íntima nuestra colaboración científica, formamos una comunión espiritual y el éxito o el fracaso de cualquier libro de ciencia escrito en castellano, a todos por igual nos interesa, porque influye directamente en el prestigio de nuestra cultura.

Tampoco necesitaremos convenceros de la importancia que ha de tener para el fomento y desarrollo de nuestra labor científica todo lo

que se haga en favor de nuestra literatura tecnológica, tan descuidada en el día.

Las causas de este descuido las conocéis de sobra y no hemos de discutirlas aquí. No podría ser útil, ni aun parece lícito, tratar de pasada e incidentalmente cuestiones importantes que son aún objeto de discusiones apasionadas. Pero, aunque sea repitiendo cosas olvidadas de puro sabidas, recordaremos —porque de aquí arranca nuestro atraso actual— que durante largo período hemos tenido casi completamente abandonado el estudio de las ciencias y que, posteriormente, durante la mayor parte del último siglo, nos hemos limitado —por lo menos en cuanto se refiere a las ciencias llamadas positivas— a estudiar en libros extranjeros, principalmente franceses.

Por ahí era necesario, ciertamente, empezar, para salir de nuestro letargo; pero nos habituamos demasiado a ese fácil papel de alumno; creyeron muchas gentes que para ser hombres de ciencia entre nosotros bastaba conocer las producciones y los trabajos de los hombres de ciencia extranjeros. Y así nos acostumbramos a tomar a éstos, en todo caso, por maestros indiscutibles; a leer sus libros y acatar sus fallos; a menospreciar y desdeñar *a priori* los libros escritos en castellano; sin pensar que, a la postre, la labor de cada uno se medirá por lo que él produjo y no por lo que aprendió de los demás, sin mirar que en esto, como en todo, el país que no produce ha de ir necesariamente a la zaga de los otros, y por eso, a veces, hemos estado aplicando teorías, métodos y aun procedimientos industriales que mucho antes habían sido desechados y destituídos por otros más perfectos en los países extranjeros.

Mucho ha cambiado, afortunadamente, durante los últimos años, la situación, tanto en España como en las Repúblicas Hispanoamericanas. Algunos pocos sabios de fama universal y otros muchos trabajadores entusiastas y laboriosos aportan trabajos originales contribuyendo eficazmente al progreso del saber humano y han logrado restablecer un tanto nuestro decaído prestigio. Los pueblos y los gobiernos van comprendiendo que es preciso ayudarles en su empresa y muestran mayor liberalidad en la dotación de universidades, escuelas, museos, laboratorios y otros centros, cada vez mejor provistos de material científico.

Pero, así y todo, aún somos tributarios de los extranjeros; aún se requiere su estampilla para sancionar definitivamente nuestros trabajos; aún necesitan éstos ser traducidos a alguna otra lengua, si han de circular por todo el mundo; aún necesitamos, cuando hemos de acudir a un Congreso en el extranjero, habla en francés, inglés o aleman; el italiano se admite con alguna frecuencia; el español, casi nunca.

Es necesario trabajar, y trabajar con ahinco, para emanciparnos completamente.

No se trata, claro está, de interrumpir o limitar nuestras relaciones

con otros pueblos; procuraremos, por el contrario, estrecharlas más y más cada día; les agradeceremos la enseñanza que de ellos hemos recibido y seguiremos utilizándola; pero hemos de conquistar para nuestra lengua (es decir, para todos nosotros) el lugar que le corresponde en el concierto de los pueblos cultos, hemos de conseguir que los setenta millones de hombres que hablan castellano no estén, por este solo hecho, en situación de inferioridad con relación a los que hablan otras lenguas europeas: ninguna obra más patriótica, ninguna más fructífera, podría acometer la gran familia hispanoamericana. Y limitándonos a nuestro objeto del momento, diremos que es este el camino más rápido para llegar al pleno desarrollo de nuestra cultura científica.

Hay que depurar, perfeccionar, unificar y enriquecer nuestro lenguaje tecnológico, teniendo en cuenta las necesidades científicas, las exigencias de nuestra Gramática y la mayor o menor difusión de los neologismos ya admitidos.

Hay que hacer un inventario de nuestra producción, ya que —aun siendo escasa— por el poco aprecio en que la hemos tenido y por el alejamiento en que hemos vivido unos y otros, apenas la conocemos.

Hay que completarla, llenando ciertas lagunas de importancia, de tal suerte que baste saber castellano para enterarse de todo lo más importante, de todo lo fundamental que se haya escrito relativamente a una disciplina científica cualquiera.

Y todo esto no puede ser obra de un solo individuo ni aun de una sola nación. A todos por igual nos interesa, y todos por igual tenemos que intervenir en ella.

De los medios de ejecutarla no nos podemos ocupar ahora: no tenemos tiempo, ni datos bastantes para determinarlo; sólo podemos exponer una opinión, formular un deseo y pedir a nuestros Gobiernos que se concierten para realizarlo.

En virtud de las consideraciones que anteceden, proponemos a la asamblea que invite a todos los Gobiernos de los países del habla castellana a concertarse para crear un organismo internacional con arreglo a las bases siguientes:

I

CONSTITUCIÓN

JUNTA INTERNACIONAL Y JUNTAS NACIONALES

1.° Se constituye una Unión Internacional Hispanoamericana de Bibliografía y Tecnología Científicas al efecto de reunir, catalogar y fomentar las publicaciones científicas en lengua castellana y de cuidar, mantener y perfeccionar el tecnicismo de las ciencias.

2.° La Unión estará representada: *a*), por una Junta Internacional de Bibliografía y Tecnología científicas, y *b*), por las Juntas Nacionales que constituyan la Unión.

3.° La Junta Internacional tendrá su residencia en Madrid y estará formada por los delegados de las Juntas Nacionales. Los delegados serán nombrados por los Gobiernos de cada país a propuesta de la respectiva Junta Nacional; cada Gobierno podrá nombrar el número de delegados que estime oportuno, pero no tendra en la Junta más que un voto.

4.° Las Juntas Nacionales se constituirán en cada país en la forma que el Gobierno respectivo estime más conveniente.

II

FUNCIONES DE LA JUNTA INTERNACIONAL

A) La Junta Internacional de Bibliografía y Tecnología Científicas estará encargada:

1.° De reunir y clasificar los materiales preparados por las Juntas Nacionales y de dirigir y unificar sus trabajos.

2.° De formar el catálogo de las obras de interés científico publicadas en lengua castellana y de crear y dirigir una revista bibliográfica destinada a completar y continuar dicho catálogo.

3.° De elaborar y publicar un Diccionario tecnológico de la lengua castellana, restableciendo en él las voces castizas cuando fuese posible, aceptando y definiendo los neologismos que se considere convenientes, y proponiendo otros nuevos siempre que se estime necesario.

4.° De completar la literatura científica y técnica de lengua castellana, haciendo, al efecto, traducir las obras más importantes de otros idiomas y todas las que puedan estimarse como fundamentales en los distintos ramos del saber; también podrá publicar obras escritas en castellano que estime de interés capital para la cultura hispanoamericana, y que, por tratar de materias que sólo importan a reducido número de personas, o por otra circunstancia cualquiera, no encuentran fácilmente editor.

5.° De gestionar cerca de los diferentes Gobiernos que constituyen la Unión, a fin de que se garantice eficazmente la propiedad literaria.

6.° De realizar las oportunas gestiones para que se admita el castellano en los Congresos y reuniones científicas de carácter internacional.

7.° De Fomentar, por todos los medios posibles, las relaciones intelectuales y de estrechar los vínculos científicos entre todos los países de habla castellana.

8.° De redactar y someter a la aprobación de los Gobiernos interesados el presupuesto de gastos necesarios para el cumplimiento de sus funciones, proponiendo la forma en que cada una haya de contribuír a los mismos.

9.° De administrar los fondos que reciba de los Gobiernos o de donaciones particulares.

B) La Junta Internacional nombrará el personal de Secretaría necesario, determinando las retribuciones que haya de asignársele.

C) Una vez constituída la Junta designará una Comisión permanente encargada de dirigir e inspeccionar los trabajos de la misma y que asumirá su representación y atribuciones cuando aquélla no estuviere reunida.

D) La Junta propondrá los sueldos o retribuciones que hayan de disfrutar los miembros de las Comisiones permanentes.

E) La Junta redactará el Reglamento para su régimen en las primeras sesiones que celebre después de constituída.

III

FUNCIONES DE LAS JUNTAS NACIONALES

Las Juntas Nacionales estarán encargadas:

1.° De proponer a los respectivos Gobiernos los delegados que hayan de representarlas en la Junta Internacional.

2.° De realizar los trabajos de Biblioteca y Tecnología científicas de sus respectivos países.

3.° De mantener y fomentar las relaciones científicas entre los países que constituyen la Unión y muy especialmente con la Junta Internacional.

4.° De representar en el país respectivo a la Junta Internacional y ayudarla en la realización de todas sus funciones."

A la reunión antedicha asistieron los representantes de España y países hispanoamericanos concurrentes al Congreso científico, quienes, después de aprobar el plan de constitución formulado, resolvieron propiciarlo ante sus respectivos Gobiernos y que fuera sometido a la consideración de la Sección ingeniería del Congreso para que se sirviera elevarla a la sesión plenaria de clausura, como un voto del Congreso Científico Internacional Americano.

La Sección ingeniería, en sesión del 16 de julio, aceptó por aclama-

ción las bases que se le sometían y dispuso que fueran sostenidas en la sesión plenaria de clausura del Congreso.

La importancia de la cuestión y su carácter internacional para los países del habla castellana imponen la publicación de estos antecedentes a fin de que los señores congresistas puedan llevar un juicio formado sobre la interesante cuestión a la sesión plenaria de clausura del Congreso, que se realizará el lunes 25 de julio en la Escuela Normal de profesoras, Córdoba, 1951.

N. Besio Moreno,
Secretario general del Congreso.

DISCURSO

DE

DON JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Rápida y profunda fué la transformación que los estudios encaminados al conocimiento de las leyes naturales realizaron en el modo de vivir, y, por consiguiente, en el de pensar de las generaciones modernas, aun comparándolas con sus próximas antecesoras. El Madrid de hoy difiere muchísimo más de la Villa y Corte de Fernando VII que ésta de la en que tuvo su trono Felipe II.

Los medios de locomoción, desde el tranvía hasta el automóvil; las comunicaciones telegráfica y telefónica; el alumbrado eléctrico, que ilumina todas las viviendas, sin excluír la del pobre; los servicios higiénicos y sanitarios, propagadores de las enseñanzas de la bacteriología; los teatros, que con el creciente empleo de la maquinaria, en su anhelo de fascinar deslumbrando, parecen establecimientos fabriles; las ejecuciones musicales, sumisamente repetidas por los diversos mecanismos que han invadido todos los lugares de recreo; la fotografía; el antes arte y hoy industria del grabado, y en general los innumerables inventos que han acrecentado el producto de la actividad humana y el desarrollo de la cultura, casi súbitamente transformaron las viejas ciudades, influyendo en el espíritu de sus habitantes por el conocimiento de nuevas cosas y por la obligada exigencia de discurrir con nuevas ideas.

Este cambio mental obra es de las aplicaciones científicas, obra que debe conceptuarse apenas comenzada, calculando sus futuras proporciones por las que ha alcanzado en el breve tiempo transcurrido, desde que el laboratorio del investigador ordena las operaciones del industrial y crea necesidades antes no sentidas creando los medios de satisfacerlas.

Nada penetra en el entendimiento sin reflejarse inmediatamente en el lenguaje, y si las indicadas novedades científicas puestas en

circulación en el comercio de la vida aportaron ya grandes novedades al léxico vulgar, la prosecución de la obra apenas comenzada acrecentará nuestro vocabulario, requiriendo para su exacta definición el concurso de las personas versadas en los conocimientos técnicos.

La Academia, presintiendo esta necesidad, se apresuró a satisfacerla llamando, no ahora, sino en tiempos pasados, a cultivadores de las ciencias, cuya labor se puede reconocer en las sucesivas ediciones del Diccionario; pero sometida al influjo de su tradición, los llamados, antes habían dado muestras de sus aptitudes para el cultivo de las letras. Echegaray, además de físico y matemático, era insigne dramaturgo. Saavedra poseía en grado sumo los conocimientos del ingeniero y los del filólogo, y en Colmeiro juntábanse el naturalista y el historiador erudito y bibliógrafo de la ciencia que profesaba. Pero nuestra Corporación, tan injustamente tachada de arcaica, vislumbra las futuras exigencias de sus tareas lingüísticas, y por propio impulso, despojándose de escrúpulos tradicionales, acata la mudanza de los tiempos y sustituye a Galdós, al novelista que fijó en sus obras con tintas perdurables la revuelta vida española del siglo XIX, con Torres Quevedo, el inventor de maravillosos artificios, honra y prez de la ciencia española, sin pedirle testimonio de sus aptitudes para el cultivo de las bellas letras.

La elección, y elección unánime, del ingeniero que hoy toma asiento entre nosotros, señala la plenitud del derecho de la literatura científica, sin necesidad de que sean sus valedores otros géneros literarios, a tener representación propia en la Academia, que para cumplir el encargo escrito en su lema de fijar el lenguaje, ha de nacionalizar todo neologismo, venga de donde viniere, justificando con esto el ser llamada ESPAÑOLA por antonomasia entre las demás Academias nacionales. El otorgamiento de aquel derecho a la prosa técnica, a la cual ni se la llamaba literatura, pedía para su consagración el nombre de una personalidad preeminente reputada dentro y fuera de España, y la Academia, sin vacilar, ha pronunciado a una voz el del excelentísimo señor don Leonardo de Torres Quevedo.

*
* *

Allá por los años próximos al 1880 veía yo en el Ateneo a nuestro nuevo compañero abismado en la lectura de revistas extranjeras, sin acudir a los corrillos de murmuración, ni a las tertulias políticas,

ni apasionarse por los debates en que se controvertía lo humano y lo divino. Esquivando el trato de la juventud afanosa de notoriedad y propensa a la rebeldía, sólo conversaba con don Gumersindo Vicuña, el primer catedrático de Física matemática de la Universidad Central, y con el señor Arrillaga, de imperecedero recuerdo en la Dirección del Instituto Geográfico y Estadístico y en la Secretaría de la Academia de Ciencias: los ateneístas de vida expansiva le habíamos clasificado como un ingeniero de Caminos muy serio y muy estudioso.

Andando el tiempo el ateneísta retraído habla en el año 1893, brevemente, pero ¡cuán substanciosamente!, en la Memoria sobre las *Máquinas algébricas,* enviada a informe de nuestra Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la cual el ponente, don Eduardo Saavedra, escribió un dictamen muy razonado, como suyo, y tan laudatorio, que calificaba el invento del señor Torres Quevedo de suceso extraordinario en el curso de la producción científica española, juicio confirmado posteriormente en el año 1896 por la Academia de Ciencias de París al declarar la Comisión nombrada para su examen que excedía en mucho a todos los inventos de su género, resolviendo de manera sorprendente el problema del cálculo en toda su extensión, y otorgándole como homenaje a su mérito el honor de publicarla entre las Memorias presentadas por los sabios no pertenecientes a la Corporación.

Desde el año 1642, en que Pascal inventó la máquina de sumar para alivio de su padre, intendente de Hacienda en Normandía, del pesado trabajo de la contabilidad financiera, o según otros, atribuyéndole intención menos generosa, para librarse de la molestia de *sacar las cuentas* que le encomendaban en la oficina paterna, fueron varios los intentos de construír mecanismos de cálculo, debiendo mencionar entre éstos el del gran Leibnitz; pero todos, sin excluír los de eminentes contemporáneos, quedan como tentativas parciales ante las máquinas algébricas de nuestro compatriota, que resuelven de manera absolutamente general y completa el problema del cálculo mecánico, no limitado a operaciones aritméticas sino alcanzando a las ecuaciones y a los sistemas de ecuaciones, sea cualquiera su grado.

Y ni el nombre de precursores corresponde a los que en su empeño le precedieron, porque ha llegado al fin propuesto el inventor español, aplicando la Cinemática a la Matemática, a la inversa de lo hecho por todos desde Pascal, demostrando su triunfo lo tantas

veces dicho que para la resolución de los problemas lo más importante es su acertado planteamiento.

En el discurso que habéis aplaudido, como yo presumía al escribir estas páginas, afirma su autor que será siempre un extraño en nuestra casa por venir de tierras muy remotas, sin el previo cultivo de la Literatura, del Arte, de la Filosofía, "ni aun de la Ciencia, por lo menos en sus regiones más elevadas"; y con igual dureza se expresó al recibir de manos de Su Majestad el Rey la medalla Echegaray en la sesión solemnísima celebrada por la Academia de Ciencias el 12 de marzo de 1916, diciendo con referencia a sí mismo: "Figuran los inventores en las milicias científicas, pero no figuran en los ejércitos regulares. Son guerrilleros. Sin grandes conocimientos teóricos, moviéndose en un terreno muy limitado, cuyos accidentes todos les son familiares, guiándose por intuiciones, procediendo aisladamente y por sorpresa, consiguen a veces colaborar con éxito en la campaña." Me ha de permitir el señor Torres Quevedo que contradiga tal juicio, especialmente refiriéndome a su obra, porque él, que tantas cosas ha visto y previsto, en su examen psíquico no ve claro, por cohibirle en la autoscopia (no por desvanecerle, como es costumbre) la severidad de su criterio personal.

En el discurso de recepción en la Academia de Ciencias, leído el 19 de mayo de 1901, expone el inventor de las máquinas algébricas la doctrina fundamental de su invento, que no es otra que la aplicación de las relaciones matemáticas expresadas en las leyes que rigen los fenómenos físicos. ¿Quién en el silencio de la noche no tuvo ocasión de escuchar, como el anciano caduco del poema de Espronceda, *del cansado reloj el golpe lento,* tan diverso de la inquietante viveza de la marcha del reloj de sobremesa? Radica la diferencia en la diferente longitud de las respectivas péndolas, y siendo la duración de las oscilaciones proporcional a la raíz cuadrada de las longitudes, el péndulo, la sencilla plomada, es una máquina de extraer raíces que substituye laboriosas operaciones matemáticas con la fácil ejecución de dos medidas.

He aquí un ejemplo de las máquinas calculadoras del señor Torres Quevedo y a su semejanza otras leyes físicas de fenómenos más complejos que el de la oscilación pendular darán los elementos para construír otras máquinas que en su creciente complejidad resuelvan las ecuaciones del orden más elevado, aquellas que en las antiguas escuelas fueron llamadas *Matemáticas sublimes.* Pero si las expresiones algébricas de las leyes físicas dictan la construcción

de las máquinas de calcular, ¿no son los más elevados conceptos de la Ciencia en los que hubo de inspirarse su constructor, remontándose con las alas del pensamiento a las cumbres donde los hechos pierden su naturaleza material y se transforman en puras abstracciones? ¿Podemos consentir que diga el elegido por nosotros que es "guerrillero sin grandes conocimientos teóricos, moviéndose en un terreno muy limitado", al ver que con toda su gran potencia inventiva hubiera sido irrealizable su obra sin el completo dominio de la Ciencia extendido a las regiones más elevadas? Al entrar en su espíritu la idea generadora de las máquinas algébricas habrá tenido la visión de los procesos físicos como mecanismos naturales que realizan incesantemente operaciones de cálculo, y aunque diga que "su laboratorio es un taller de cerrajería", allá en el fondo de su alma estará impresa la imagen del Cosmos con la leyenda platónica de que los números rigen el mundo y verá todos sus fenómenos como calculistas que no huelgan ni descansan, resolviendo sin error los más intrincados sistemas de ecuaciones. ¿No es esto Ciencia en sus regiones más elevadas, y también Filosofía, y hasta Poesía, que si fuese rimada tendrían sus versos en grado supremo la condición de *numerosos* requerida por los preceptistas?

Pero la fecundidad inventiva del señor Torres Quevedo ha tenido reiteradas confirmaciones en la resolución de muy otros problemas, como el del mando a distancia que realiza su *telekino,* y no limitado a lo conseguido anteriormente por algunos de transmitir un solo mandato y en una sola dirección, sino cualquier número de órdenes y para cualquier cambio de mecanismos o de efectos o de sentidos del movimiento: el de la tracción por vía de cables aéreos, instalado, primero en el Monte Ulía de San Sebastián, y posteriormente en el Canadá, sobre el Niágara, donde audazmente su transbordador recorre la longitud de 580 metros a 60 de altura. Y ¿quien no ha oído ponderar los triunfos alcanzados en el extranjero por nuestro compatriota con sus aparatos dirigibles para la navegación aérea que utilizaron Francia e Inglaterra en sus últimas campañas, en las que colaboró tan asombrosamente la ingeniería?

Después de referirse a las respectivas ventajas de los dirigibles y los aeroplanos en la guerra, dijo el señor Arrillaga en 1916: "El día de la paz es probable que presten como medios de viaje y de transporte los primeros mayores servicios que los segundos, y entonces aún sabrá Torres Quevedo dar a su dirigible mayores perfeccionamientos"; y este vaticinio de su antiguo confidente en el

Ateneo se confirmó en el año último pasado, revelando en el discurso inaugural del Congreso de la *Asociación española para el progreso de las Ciencias,* celebrado en Bilbao, que la idea de un dirigible trasatlántico capaz de realizar un servicio regular de viajeros entre España y América hizo presa en su espíritu con tal pertinacia que no le *permitía estudiar sosegadamente ningún otro asunto,* hasta que un día, como consecuencia de tan obstinada labor mental, "se presentó a su imaginación un globo diferente en su característica más esencial de todos los conocidos hasta ahora, y decidió llamarle *Hispania,* nombre que simboliza el deseo de que nazca y prospere" en la industriosa y opulenta urbe en que tuvo su sede el VII Congreso de la citada Asociación Española.

En los Congresos de ésta, a partir del III, que se celebró en Granada en el año 1911, fué parte muy atrayente de sus enseñanzas para doctos e indoctos la exposición de material científico español realizada por iniciativa y con el concurso de nuestro eximio inventor, y en todas las ciudades, aun de caracteres tan diferentes como Valladolid, Sevilla y Bilbao, produjo el mayor asombro, después de las máquinas algébricas, el *jugador de ajedrez,* maravillosa creación de la Automática que simula las operaciones mentales del que reflexivamente calcula las jugadas, llegando a rechazar las hechas fuera de ley y negándose a seguir jugando si el adversario persiste en las ilegalidades.

Descartes, en su *Discurso sobre el método,* examina la posibilidad de construír autómatas, y la admite para los seres irracionales, a los que considera como máquinas, mas no para el hombre, porque el pensamiento no puede surgir de mecanismos materiales. Torres Quevedo, ampliando el concepto cartesiano, extiende la Automática a los actos razonables, pero con la importante salvedad de que el autómata no puede razonar por sí mismo, siendo indispensable que el razonamiento del constructor haya precedido a las operaciones discursivas que la máquina ha de ejecutar. Y aquí tenemos otra vez al que se considera "sólo ocupado en resolver problemas de mecánica práctica" sumido en disquisiciones psicológicas, poniendo de manifiesto, a pesar de su resistencia explícita a ser clasificado como colaborador de la obra ideal del pensamiento, que implícitamente actúan en el fondo de su espíritu todas las grandes ideas científicas y filosóficas, y que la Academia no se ha equivocado al elegirle, como cree el que fué nuestro indiscutible candidato, porque su vasto saber, que se extiende en no interrumpida serie de conocimien-

tos, desde los principios fundamentales de la ciencia pura hasta las minucias de orden técnico, es el requerido para ampliar nuestro léxico, tomando en cuenta los novísimos inventos, aunque de todos ya conocidos, no siempre bien definidos e incorrectamente nombrados.

Que la personalidad científica de nuestro compañero es la de un sabio y no la de un mecánico ilustrado acaba de sancionarlo la Academia de Ciencias de París confiriéndole el título de *correspondiente,* siempre con gran severidad otorgado. Por la autoridad de su nombre figura en la legión selecta del *Instituto de Francia* con otros españoles, también llamados por esta Academia, los señores Cajal y Marqués de Cerralbo, a quienes, como a todos los electos, esperamos con viva ansiedad, deseando que la diligencia del señor Torres Quevedo les sirva de estímulo para que no demoren el beneficio de su colaboración efectiva.



Desde que España descubrió, conquistó y colonizó las nuevas tierras del otro lado del Atlántico, uniéronse aquélla y éstas por precepto de consagración sacramental, superior a la voluntad de los hombres, con lazos indisolubles, que el tiempo no ha logrado ni logrará romper, a despecho de todas las maquinaciones encaminadas a cizañar y dividir la grandiosa nación espiritual que tiene por verbo el habla española. De esta unión sagrada es preciadísimo testimonio el proyecto que el recipiendario somete a estudio de la Academia para estatuír bajo su tutela el *Centro Internacional* de la *Unión Tecnológica* encargado de dirigir y relacionar las *oficinas nacionales* de los pueblos hispanoamericanos, honor que por la espontaneidad y unanimidad con que fué tributado a la vieja metrópoli, mueve nuestro ánimo al reconocimiento de profunda gratitud, y seguramente procedo como mandatario de la Corporación al enviar en nombre suyo a los delegados americanos del Congreso Científico Internacional de Buenos Aires la cordial manifestación de la reciprocidad de sentimientos y de nuestra esperanza de ser merecedores de que nos tengan siempre presentes en sus mutuas relaciones los vástagos pujantes de la gloriosa genealogía hispánica.

Pregunta el señor Torres Quevedo: “¿Es digna de nuestro apoyo la Unión Tecnológica, que establecería nuevos vínculos científicos

entre España y sus hijas las Repúblicas americanas?" Sin autorización expresa de la Academia para responder a esta pregunta ni a otras más concretas que ponen fin a su substancioso discurso, nada puedo prometerle con carácter ejecutivo; pero sí afirmo, con la seguridad de expresar el sentir unánime de la Corporación, que ésta acogerá con cariño y examinará muy atentamente las proposiciones aprobadas en la sesión de clausura del Congreso bonaerense, por la importancia del proyecto y por el grato deber de continuar la nobilísima tradición española en sus relaciones con el Nuevo Mundo.

En el siglo XVI, mientras los sabios de las naciones europeas ajenas al descubrimiento de América, latinas y no latinas, tenían como labor única el empeño de reproducir los primores de estilo de las literaturas clásicas y de sutilizar los conceptos de los antiguos filósofos, hundiendo sus frentes en los infolios de las bibliotecas, lo más vigoroso de la mentalidad científica española, nuestros *historiadores de Indias,* trasladaba a las páginas de sus libros con el desenfado de quien no piensa en la lindeza de los dichos sino en la ruda expresión de los hechos, maravillas de la realidad descubiertas por la potencia de su esfuerzo en las entrañas vírgenes de las soñadas tierras antípodas; y en las centurias sucesivas, aun en los tiempos de Carlos IV, legiones de naturalistas y metalurgos salieron de la Península, por propio impulso unos, y en comisión oficial otros, para conocer las riquezas y dirigir las industrias de aquellas nuestras colonias, figurando entre los legionarios, sabios de universal renombre, que si España fué en las empresas guerreras despiadadamente pródiga de su sangre, fué en la obra de colonización magnánimamente pródiga de los tesoros de su vida intelectual, considerando a los americanos tan acreedores a todo género de enseñanzas como los habitantes de la Metrópoli. Algunos, con severidad rayana en la injusticia, señalarán deficiencias de la educación científica recibida de los colonizadores; pero España siempre envió lo mejor que poseía, y hasta en los años en que ya se esperaba el término de la dominación, los dos grandes químicos descubridores de cuerpos simples, don Fausto Elhuyar y don Andrés del Río, fueron trasladados a Méjico y no como explotadores de minas para beneficio del Erario público sino como maestros para dar instrucción teórica y práctica en el afamado Real Seminario de Minería de aquel virreinato. Pobre habrá sido la dádiva juzgada por los que no pueden o no quie-

ren ponerse en las razonables condiciones de lugar y tiempo, pero España no tenía otros tesoros; ¿qué más había de dar?

Esta tradición la sigue con religioso acatamiento la Academia Española manteniendo, además de las relaciones burocráticas, comunicación afectiva con las Academias americanas correspondientes de la nuestra, aceptando cada vez en mayor número los americanismos que estima en condiciones de ser incluídos en su Diccionario e instituyendo premios, sólo para americanos, en celebración de la Fiesta de la Raza; y de quien pone tan solícito interés en compenetrar y fundir las dos Españas, la cisatlántica y la trasatlántica, ¿cabe suponer que reciba con indiferencia el proyecto de *Unión Internacional Hispanoamericana* sugerido por el patriótico anhelo de "depurar, perfeccionar, unificar y enriquecer nuestro vocabulario técnico", respetando el espíritu de la lengua común a los pueblos asociados?

En este solemne acto recibe la Academia al señor Torres Quevedo con el cordial afecto que inspira el compañero, con la consideración debida a sus altos méritos científicos y además como embajador extraordinario de los que, si animados por el más amplio espíritu de progreso recogen y cultivan todas las ideas, sin tener en cuenta su procedencia, quieren amorosamente expresarlas en habla castellana reconociendo el nobilísimo origen de su estirpe.

En el fervoroso deseo de recoger aquí y dar carta de naturaleza a cuantos vocablos hayan de pronunciar labios españoles, toda es júbilo hoy nuestra morada, por ser quien es y por lo que representa su nuevo morador.

Al entrar en este recinto poniéndose al servicio de nuestra Patria y de nuestra Raza, todos salimos a su encuentro para abrazar efusivamente al que llega tremolando nuestra bandera.

524